

bía prometido como al justo por excelencia no ver la corrupción y reedificar en tres días el templo destruido, que era su sacratísimo Cuerpo; que él mismo se había comparado á la vid, y á sus discípulos á los sarmientos; que en un huerto cercano al sepulcro se había presentado á Magdalena como un hortelano; que al celebrarse, por último, la Resurrección del Salvador, vástago de Jessé, se abre la tierra para producir todo linaje de flores, festejaron siempre la Pascua, relación nándola con el despertar de la Naturaleza y el abrirse los tesoros de la fecundidad en el seno de nuestra común madre. No es otra cosa la Pascua que el paso del Señor, en interpretación de Moisés; que el paso del Señor, que abre las cataratas del cielo para la lluvia, el seno de la tierra para las flores y el corazón del hombre para los sentimientos de piedad y religión.

El hombre espiritual, el hombre interior, debe renacer también para buscar lo que es superior á lo terreno, como las flores despiden su aroma por los aires, por más que sus raíces ahonden mucho en el suelo. *Quæ sursum sunt sapite: non quæ super terram.*

En el bosque palpitan los nidos, y cada uno es una mansión de amores. Las enredaderas trepan á lo largo de los muros del jardín, y multitud de plantas nos embriagan con sus aromas. Resuenan las olas del mar con armonioso ritmo en la playa; parece que nos quieren descubrir los secretos de los grandes imperios sumergidos y de las grandes ilusiones que allí encontraron su tumba. El almendro se reviste de su blanca flor, y la pudorosa lila apenas se atreve á mostrarnos sus hojas. La rosa espera todavía, como gran señora, el momento en que más puede admirarse su belleza, que los jardines se vean más poblados de nuevos moradores, y se note en los aires más blando movimiento y circule con más rapidez la savia en los árboles. Los insectos que forman el incómodo cortejo del estío aún no han aparecido, y los primeros rayos que el sol deja escapar de su aljaba no hacen todavía profundas heridas ni aletargan nuestros miembros en el dulce descanso de la siesta, inseparable compañera del fatigoso ardor del verano. Todo, hasta el breve reinado de la primavera, contribuye á la mayor belleza de la estación, que la Naturaleza no se adorna con tantas galas para mucho tiempo, y como decía Góngora:

«Este de la primavera
el verde palacio es,
que en cada un año se erige
para poco más de un mes.»

El admirador de la Naturaleza no se contenta con gozar de sus espectáculos, atento á recoger sus lecciones. Las galas de Abril y Mayo en nuestras latitudes no pueden ser el traje de todo el año; algo nuevo hay: la fecundación y el nacimiento de unos seres y el despertar de otros que debe celebrarse con tanta pompa; mas después, para las horas ordinarias de la vida, tierra y cielo, montes y llanuras, bosques y jardines habrán de presentársenos con aspecto diferente. Nuestro gran poeta Bartolomé Leonardo de Argensola, después de enumerar en artístico soneto las bellezas primaverales, concluye ponderando la vanidad de los dones del mundo, que para el bien no tiene recompensas ni para el mal castigos como la moral de seara:

«Rompe la tierra, y en el centro afila
el buey pesado la esplendente reja;
de varias flores, la discreta abeja
en ruelas de oro rayos del sol hila.
No sólo labra el ruiseñor, perfila
nidos de paja que en las ramas deja
de hurtada yerba; la inocente oveja
nevados copos al vellon destila.
Mano enemiga su labor desflora,
triunfan malos y trabajan buenos,
discanta el grajo lo que el cisne llora.
Gozan por propios los que son ajenos,
que en los premios del mundo, no es de ahora,
que el que merece más alcance menos.»

Todavía con más elevación de estilo y con igual belleza de frase el P. Fr. Jerónimo de San José, al examinar las bellezas del campo, de las flores y de los pájaros que llenan con su armonía la selva, cantaba en otro soneto:

«Si aquí, dijo, en el yermo de esta vida
tanto una rosa, un ruiseñor eleva,
tan grande es su belleza y su dulzura,
¿cuál será la floresta prometida?
¡O dulce melodía, siempre nueva,
O siempre floridísima hermosura!»

Progreso y retroceso.

Pocas noticias de importancia podemos comunicar hoy á nuestros lectores. El Rey Milano de Servia, temiendo que se extinga la dinastía de los Obrenowitch, trata de repudiar á la Reina Natalia Petrovna, de la familia de Catargi, para contraer matrimonio en Austria ó en Rusia: nueva edición del repudio de Josefina por Bonaparte.

En la Academia de Ciencias de París, Alphonse Milne Edwards ha dado á conocer una preciosa monografía del *Calao-Rhinoceros*, pájaro malayo, cuyo cuerpo, según dice, parece suspendido en un baño de aire, siendo él tan celoso del amor de su hembra que la encierra en el nido, dejando sólo una abertura para que pueda recibir el alimento. Los trabajos de los buques *Travailleur* y *Talisman*, dirigidos por Milne Edwards, acerca de la vida en el fondo del mar, y los de Renard, director de un laboratorio en la Sorbona, nos han demostrado que los infusorios y moluscos pierden el movimiento bajo una presión de 600 atmósferas, que los peces sin vejiga natatoria las resisten hasta 1.000, que bajo la de 200 quedan aletargados los que conservan sin vaciar la vejiga, que bajo la de 300 mueren y con una presión de 400 entran en putrefacción.

El Dr. Ochorovitz en París, con su *termomicrofono*, ha hecho que 300 individuos de la *Sociedad internacional de electricistas* oyesen perfectamente un concierto que en un lugar cercano al que ocupaban se había dispuesto. Dicese que el aparato se funda tanto en el sistema de presión de Edison, como en el de choques de Hughes, aprovechando también el calor, como indica el nombre que lleva.

Si la política puede ofrecernos con frecuencia espectáculos como el del Rey Milano, las ciencias en incansable progreso demuestran que la humanidad no renuncia á un porvenir mejor que el de nuestros antepasados.

Distribución de las lenguas.

Sabido es que se dividen en tres grandes grupos: monosilábicas, de aglutinación y de flexión. Las primeras, que representan un tipo en cierta manera imperfecto, se hablan principalmente en el Asia Oriental, algunas en América (en Méjico hay un curioso ejemplo); las segundas, en parte de todos los continentes, y se cree que en otro tiempo dominaron en Europa; las últimas se hallan en el mismo caso. Las monosilábicas se hablan en una superficie que es la 25.^a parte del globo; las de aglutinación en $\frac{22}{25}$ partes, y las de flexión en las $\frac{2}{25}$. Según los cálculos de Omalius y Maury, las lenguas monosilábicas se hablan por 449 millones de hombres; las de aglutinación, por 216.550.000, y las de flexión por 536.900.000.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

OSCURIDAD

¡Siempre el terrible enigma que nuestra mente acosa!
El mundo es un abismo tan hondo como el mar,
y el tiempo, ola invisible, rugiente y borrascosa,
empuja nuestra nave sin rumbo y al azar.

La humanidad avanza desorientada y ciega.
En torno suyo es todo misterio y lobreguez;
¿Sabeis lo que el instante que apresurado llega
guarda en su seno? Alguna catástrofe tal vez.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Enero de 1885.

UN MILAGRO MITOLÓGICO

Todos conocemos más ó menos la historia de los fabulosos dioses de la antigüedad, y comprendemos las alusiones poéticas en los clásicos libros con que se ha formado nuestra primera educación.

El paganismo, la superstición ó la mitología, nos revelan la idea de Dios en todos los pueblos, y la fábula que voy á referir (bastante más completa de lo que puede encontrarse en un Epítome de los falsos dioses, ó en un tratado de

Mitología), ofrece en su desenlace la idea de la omnipotencia divina, infundiendo un alma en un mármol y animándole con una chispa celestial.

El paganismo tiene su moralidad dentro de sus ficciones, y la mitología es la explicación razonada de esta filosofía.

El panteísmo del Indostan con sus símbolos de las fuerzas activas de la Naturaleza, el magismo persa, la metempsicosis egipcia y la religión análoga de los fenicios; las mezclas teogónicas cartaginesas, las abstracciones morales de los griegos y sus análogas las romanas, las germánicas y gálicas el manitú del salvaje americano, el sol del peruano primitivo, los sacrificios de Méjico, dan idea del carácter de los pueblos que rinden tributo á estos mitos y expresan razonadamente la moralidad de cada una de las ficciones que constituyen las teogonías del paganismo.

Júpiter, Plutón, Marte, Venus, Cibeles, Saturno, Baco, Apolo, Mercurio, Diana, Juno, Vulcano, etc., eran dioses de primer orden, como si dijéramos el cielo conocido, parodiando lo que muchos cronistas de salón tienen por Madrid conocido, cuya frase, después de todo, es casi un galicismo, y á cuyo Madrid conocen por pura casualidad y sin formar nunca parte de él.

Las Ninfas, los Tritones, los Silvanos, Flora, Pomona, etc., eran la burguesía celestial; es decir, el Madrid desconocido de los aludidos zurcidores de crónicas mundanas.

Dentro del catolicismo, del paganismo, del budhismo, del islamismo ó del protestantismo, con sus afirmaciones ó con sus negaciones, la verdadera y las falsas religiones, son la forma y el medio de acercarse á lo infinito y de adorar á Dios. Sakia ó Jesucristo, Mahoma ó Lutero, han afirmado siempre la idea de Dios con poderes absolutos, y la fábula encierra ideas morales que, aunque corrompidas ó extraviadas, nos transmiten la expresión de la divinidad grande y sublime de todo lo creado.

Los mitos prehistóricos de las demás razas no han sido comprendidos por los poetas que los han cantado. Los filósofos no han podido averiguar el sentido de determinadas tradiciones cuyo origen se pierde en nebulosos horizontes, de las que no existen documentos. Piatón considera necesario un extraordinario esfuerzo del espíritu para comprenderlo. El irónico Sócrates aparenta creer lo que no puede explicar. Aristóteles en su metafísica opina que estas creencias son despojos de la antigua sabiduría. Hesiodo ha aceptado determinados principios convirtiéndolos en dioses, y estas tradiciones de las primeras edades siguen en el profundo misterio de los seres imposibles y las ficciones ingeniosas.

Retrocediendo al principio de mi artículo, y separándome de problemas que no son propios de la sencillez con que voy á perfeccionar un asunto mitológico que ya he tratado otra vez, repetiré lo que dije al empezar, y es, «que todos conocemos más ó menos la historia de los fabulosos dioses.» Y, sin embargo, no hace muchos años que yo estaba en un salón en donde había muchas señoras *conocidas* y no pocos hombres de verdadero ingenio. Se pasaba allí el tiempo, como en muchas partes, entre los juegos en que brillaba el espíritu y las intrigas en que se comprometía un poco el reposo.

Una de las preguntas que fueron imperfectamente contestadas fué el nombre de los cuatro caballos del sol; otra fué el juicio de Momo sobre el buey formado por Neptuno, el hombre por Vulcano y la casa por Minerva; y por último, no todo el mundo recordó lo ocurrido en la isla de Rodas cuando nació la diosa de la guerra y de las ciencias, ni lo que hizo con su favorito

Marte cuando fué sorprendido con Venus por Vulcano.

Con cuya demostracion se prueba que aquello que formó parte de nuestra primera educacion no es ocioso recordarlo para evitar lo que sucede en general, atribuyendo á ignorancia el olvido.

Dicho esto, y cabiendo perfectamente en las columnas de LOS DOS MUNDOS mi historieta sobre Pigmaleon y Galatea, doy ya principio á la relacion.

En la antigua ciudad de Tiro, reina de los mares y rica capital de la Fenicia, fundada mil novecientos años ántes de Jesucristo, al propio tiempo que uno de los puertos más importantes en la época de esta historia, vivia el famoso escultor Pigmaleon.

Era entónces esta capital, sucesora de Sidon, el emporio donde residian los más atrevidos é inteligentes marinos y los comerciantes más hábiles del Mediterráneo, así como los artistas más notables, atraidos á Tiro por el prestigio y la fascinacion de sus riquezas.

Ella habia servido de residencia á sus Reyes, se habia aliado con David y con Salomon y habia sido maestra de navegacion para el primero, proporcionando al segundo excelentes obreros para la construccion del famoso templo de Jerusalen.

De ella salió la Reina Dido, con sus tesoros para fundar Cartago, huyendo de otro Pigmaleon.

Su industria llegó á tener tal reputacion, que no hubo quien la igualase, y fué por largo tiempo un secreto sólo conocido de los tirios la fabricacion del cristal y la de tintes, lo cual revela su adelanto y progreso.

La famosa púrpura, que no tuvo rival en el mundo y que llegó á reservarse exclusivamente para los Reyes, aumentó considerablemente su importancia.

He aquí en breves palabras cómo se encontró este vivo y admirable tinte. Un perro vagamundo, al que se le habria distribuido hoy por el Municipio una racion de estrignina, andaba entónces buscándose la vida por las orillas del mar. Al mascar un marisco que atrapó se le tiñó la boca de un color admirable. Sorprendidos los que lo presenciaron, ensayaron con mariscos iguales, y consiguieron aplicar la púrpura al tinte de las telas que dió tanto renombre á Tiro.

Los fenicios fueron además los inventores de la escritura, que Cadmus llevó más tarde á la Grecia.

Los fenicios inventaron las velas en los barcos, trabajaron los metales y las preciosas maderas del Libano.

Ellos establecieron la contabilidad y los registros, tan necesarios para su poderoso comercio, del mismo modo que las medidas y los pesos.

Ellos, por fin, establecieron en Cádiz (España) su principal depósito de mercancías, despues de haber recorrido las islas de Chipre y Rodas, la Grecia, la Sicilia y la Cerdeña, llegando á poblar la parte meridional de España despues de los iberos y los celtas.

El lujo y la corrupcion de Tiro, á donde afluia la riqueza de todos los países con quienes establecia relaciones comerciales, eran desenfrenados.

Astarte y Thammouz, ó sean Venus y Adonis, eran sus principales divinidades. La primera era adorada bajo la forma de una gran piedra cónica que se creia un areolito caido del cielo.

¡Qué extraño es, pues, que el famoso Pigmaleon, el célebre escultor de aquella época, habitase en medio de aquellos Cresos que le pagaban y de aquel lujo que le desvanecia!

Tiro tenía estatuas en donde brillaba el genio del artista, y las hermosas y opulentas fenicias habian sido reproducidas en mármol por el famoso escultor que habia inspirado su genio en aquellos seductores modelos.

Los poetas, los sabios y los ricos buscaban su amistad y le estimaban con su admiracion y sus aplausos.

Las mujeres le miraban con ternura y le admiraban con entusiasmo.

Pigmaleon triunfaba y trabajaba impulsado por tantos estímulos y producía á su impulso prodigios que servian de ornato á los palacios particulares, á los templos, á las termas y á las plazas públicas.

En su vasto estudio se daban cita las eminencias de Tiro, y allí, como en un foro, discutian los filósofos las materias más profundas, en tanto que Pigmaleon rompía la piedra con su martillo y engendraba aquellas creaciones sublimes que bullian en su fantasía.

De repente se verificó un cambio notable en las costumbres del célebre artista.

De comunicativo, entusiasta y sociable, cayó en excéntrico, melancólico é inabordable.

Su estudio se cerró para sus amigos, que le vieron alejarse de los placeres, los pórticos y la vía pública.

Pasaba los dias encerrado en su taller ó paseando sombrío y distraido por las orillas del Mediterráneo en las sombrías horas de la noche.

—¿Qué perturbacion moral sufre el espíritu de Pigmaleon, ó qué prodigio va á producir?—se preguntaban sus amigos.—¿Qué obra sublime está reservada á nuestra admiracion?

Los meses se deslizaban uno tras otro, y cuando cansado de andar errante por todas partes se manifestaba indiferente á la curiosidad con que sus admiradores invadian de nuevo su taller, sólo presentaba éste á la vista de los tirios cabezas apenas bosquejadas y pedazos de mármol ligeramente trabajados.

En el sitio más retirado del inmenso taller se descubria, sin embargo, una estatua cubierta por un espeso velo, hacia la que miraba apasionadamente su autor.

Sus discípulos y amigos quieren admirarla, aprovechando la abstraccion de Pigmaleon; pero éste se levanta con ademán amenazador, corre fuera de sí y amaga con el martillo su obra.

—Si dais un paso más—dice,—si llegais con la violencia á tocar esa piedra, ó á levantar el velo que la cubre, os juro por los dioses que la destruiré en el momento.

Todos se detienen. Todos quieren adivinar la rara existencia pasada de aquel genio, y todos le ruegan que manifieste aquella obra.

El escultor se llega emocionado al misterioso mármol, cerca del cual levanta un altar á Venus, deposita un ramo de flores de mirto y de rosas á los piés de la estatua y se corona él también de mirto: toma su lira é implora el poder de la diosa.

Despues descubre las cortinas que envuelven su creacion, y aquellos felices y atónitos amigos contemplan con éxtasis por largo espacio aquel admirable modelo de escultura, creacion increíble de una inspiracion divina.

El artista deja su lira y estrecha una mano de piedra.

El calor de la vida anima ya la parte superior de la estatua, que siente palpitar su corazon.

Así ha pintado Girodet (salon de 1819), con verdadera inspiracion y genio, esta trasformacion, que se puede contemplar en el Museo del Louvre.

Falconet ha hecho también de este prodigio fabuloso otro prodigio artistico en mármol (sa-

lon de 1763). El grupo es tan inspirado, que si el autor hubiese implorado á Venus como Pigmaleon, no hubiera sido Galatea menos bella ni menos amorosa que la que Pigmaleon creó.

La pintura, la escultura, la música y la poesía han inmortalizado la fábula, y la más hermosa de las Nereidas, la hija del dios Fauno y de la ninfa Symethis; la amante del desventurado Acis y amada también del desdeñado Polifemo; la ninfa que han pintado Rafael, Carrache, Albano, Jordan, el Dominiquino, etc.; que ha celebrado la musa de Virgilio, y de la que se han hecho tantos poemas por Cervantes, Florian y otros, es la que ha creado el célebre estatuero de Chipre y á la que ha infundido un alma la diosa de la hermosura y del amor, que tiene su residencia más querida en Paphos, Gnido y Amathonte.

La ninfa Galatea, ó mejor dicho, la reproduccion de la Nereida Galatea, la hija de Nereo y de Doris está allí.

Más hermosa que Venus, saliendo de la espuma del mar en la isla de Citera, es contemplada por los discípulos y amigos del artista que la adora en arrobamiento profundo.

Mudos de admiracion y sorpresa durante largo tiempo, rompen por fin el encanto y salen por la ciudad á pregonar apasionadamente aquel nuevo triunfo del genio que han tenido la dicha de admirar.

Los ancianos, los sabios, los filósofos, los poetas y los más opulentos tirios invaden tumultuosamente el inmenso taller, y se quedan absortos ante aquella maravilla.

Con religioso entusiasmo y espantada admiracion la estudian, la contemplan y la analizan, sin encontrar el menor reproche, ni el más ligero defecto, ni la más insignificante imperfeccion.

El mármol ha tomado toda la suavidad humana; la gracia y la voluptuosidad corren por aquellas formas; aquella frente está velada por el pudor; aquella boca va á hablar, y aquellos ojos fascinan; aquel pecho de piedra parece que se levanta al respirar... A aquel hermoso cuerpo sólo le falta una alma que le anime. ¡Ah! Si los dioses inmortales quisieran!...

El artista en medio de su éxtasis ha formulado un deseo insensato. «¡Venus! ¡Diosa de la hermosura y del amor! Tú que naciste de la espuma del mar, y fuiste conducida en una concha hasta la isla en que yo nací: tú que eres adorada por los fenicios, da vida á este mármol, reflejo de tu belleza, y te consagraré mi genio por el resto de la vida.»

Así habló Pigmaleon, cuando vió asombrado, como he dicho ántes, que la estatua acaba de animarse, desciende de su pedestal, se acerca á él llena de timidez y de gracia, y le tiende los brazos.

Venus, coronada de flores, arrastrada en su concha, tirada por seis palomas, acompañada de Cupido y de las tres Gracias, habia escuchado los insensatos deseos del artista.

El pueblo admirado cayó de rodillas, no sabiendo qué admirar más entre el genio del hombre ó el milagro de la divinidad, ofreció sacrificios á la diosa y Pigmaleon se casó con su creacion, de la cual tuvo un hijo al que llamó Paphos, en recuerdo de la ciudad vecina al sitio en que se supone nacida á la diosa que habia oido sus ruegos y habia hecho su felicidad.

Dichoso ya el famoso Pigmaleon con la posesion del objeto adorado, recobró todas sus facultades artisticas y siguió despues produciendo admirables obras con que ornar el templo de Astarte y engrandecer los dioses y los héroes fenicios.

MANUEL LLORENTE V.

EN EL MAR

Del mar cerúleo en la extensión la nave
veloz desliza la cortante quilla;
un sol de fuego en el espacio brilla
y en el erguido mástil posa el ave.

Siéntese de la brisa el beso suave,
y el marinero audaz con fe sencilla,
ante las obras del Señor se humilla
y un himno entona con acento grave.

Un instante despues, negra tormenta
el mar agita, se oscurece el cielo
y el rayo destructor brilla y retumba.

La horrible tempestad su furia aumenta;
y el misero marino, sin consuelo,
halla en las ondas ignorada tumba.

Méjico.

FRANCISCO SOSA.

CONFERENCIA

de D. Pedro de Govantes y Azcárraga en el Ateneo
de Madrid el 24 de Febrero de 1885 ¹

(Conclusion)

Pero este cuadro brillantísimo tuvo también su negra nube que lo oscureciera: los contrabandistas extranjeros, que por medio de nuestras naos de Cádiz y Sevilla introducían en América sus sedas, envidiosos de la competencia que les hacía el comercio filipino, indujeron á esas dos ciudades peninsulares á que entablaran con Manila un pleito ruidosísimo, que por el atraso de las ideas económicas se falló, limitando arbitrariamente y extraordinariamente el comercio de Filipinas con el Nuevo Mundo. Desde aquel momento, el emporio creado por Legaspi corrió á su prostración: los palacios que arruinaban los terremotos se sustituían con cómodas, pero modestas casas, y los vecinos huían al campo faltos de recursos para vivir en la ciudad. No extrañemos, pues, el retraso en el desarrollo de la riqueza filipina; admiremos, sí, que exista la que os he señalado: sólo cuando Carlos III inició el renacimiento de España comenzó Filipinas la empresa laboriosa de ir recobrando paso á paso su perdida libertad comercial; las más modernas conquistas en este sentido han sido la libertad de exportación del arroz, la reforma arancelaria del Sr. Moret, que ántes indiqué, la abolición del derecho diferencial de bandera que, lejos de perjudicar nuestra marina, no ha impedido que aumente sus buques en número y tonelaje, y el desestanco del tabaco, debido al Sr. D. Fernando de Leon y Castillo.

Ahí teneis, señores, ante vuestra vista, si no todo lo que es y todo lo que vale Filipinas, lo bastante para que forméis juicio aproximado de ello. Vosotros todos sabéis bien, ó por su proximidad á España, ó por las íntimas relaciones, aunque no sean más que intelectuales, que con ellas sostenemos, ó por el método mismo de la enseñanza en la Península, vosotros sabéis bien todos, lo que es Bélgica, lo que es Suiza, lo que es Holanda, lo que es Dinamarca, lo que es Grecia, lo que es Suecia; y allá, al otro lado de ese Atlántico bendito, porque en sus ondas lleva disueltas las lágrimas que arrancaron al gran Colón los desfallecimientos y las insurrecciones de su gente, sabéis lo que es Chile, lo que es el Perú. Pues bien, Filipinas es mayor que Portugal, que Bélgica, que Holanda, que Dinamarca y que Grecia; tiene más población que Suecia, el doble que Holanda, el triple de la de Suiza, de Chile, del Perú, cuatro veces la de Dinamarca y seis veces la población de Grecia; y si la cultura y la riqueza de esa población no ha adquirido el grandioso desarrollo que por sus condiciones ex-

cepcionales pudo tener, un comercio exterior de más de 820 millones de reales en 1882 y unos presupuestos del Estado de más de 300 millones, colocan á Filipinas por su importancia por encima de muchas naciones independientes del mundo civilizado, y la reseña histórica que os he hecho nos demuestra que no están las Filipinas, como otras islas de la Oceanía, habitadas por hombres que tienen por traje pinturas en la piel, por ajuar el arco y la lanza, por ocupación la guerra, por enemigo al europeo, sino que allí hemos fundado una sociedad con todos nuestros defectos, pero con todas nuestras grandezas; con todas nuestras preocupaciones, pero con todas las inspiraciones de nuestro brillantísimo genio nacional.

Y hay que tener en cuenta, señores, que sólo os he hablado de la riqueza que se ostenta sobre el suelo filipino; pero nada os he dicho del valor portentoso de aquella que yace oculta en el subsuelo, esperando el momento en que el capital la diga: «levántate y anda.» Debajo de aquellos volcanes en ignición, que parecen gigantes en cuya frente centellea el resplandor del genio, iluminando sus faldas, cubiertas, como los valles y las llanuras, de bosques de maderas riquísimas para las construcciones navales y terrestres y para las maravillas de la ebanistería, ó de plantas medicinales inapreciables, ó de árboles que se cubren de flores esenciales de fama universal, por entre las cuales cantan las aves de colores más caprichosas, y á cuya sombra trisca el ganado confiadamente ante la ausencia completa de esas especies de fieras terribles y sanguinarias que infestan los bosques de otros países; debajo de aquellos ingenios numerosos que dan al suelo filipino el aspecto encantador de los campos de Bélgica; al contemplar en la isla de Negros, por ejemplo, en medio de sábanas de verdura elevarse de trecho en trecho la esbelta chimenea arrojando al espacio su penacho de humo, ese incienso que el trabajo eleva á las gradas de la Divinidad, se extienden vetas de oro de ocho leguas, como la de Baao; de treinta, como la Pangasinan; cobre, como el de Mancayan, tan apreciado en el mercado de Londres; plata, azogue, que corre mezclado con las aguas de aquella red de ríos y arroyos interminables, y minas que dejan un 75 y un 80 por 100 de hierro riquísimo, como el de Suecia, en Tayabas y Manila, ó de carbon tan apreciado como el Cebú: el hierro y el carbon, señores, que son la plata y el oro de los pueblos contemporáneos. Las dimensiones que va teniendo esta conferencia me obligan á no extenderme sobre esta materia, á no hablaros de los mármoles variadísimos del Sur de Luzon, ni de las perlas que se pescan en las costas del Joló, y que luego embellecen las coronas de los Monarcas, ó las joyas de esos seres delicadísimos que ejercen también su soberanía, las más simpática de las soberanías, el imperio del amor y de la belleza, sino que, por el contrario, paso hablaros ya de los caracteres de la producción y del comercio de Filipinas.

Los productos del suelo filipino parecen elegidos por la Providencia para que la prosperidad y la abundancia fuesen el patrimonio perpetuo del Archipiélago: el azúcar de caña, del cual exporta unos 150 millones de reales anualmente según la balanza de 1882, en especial para los Estados-Unidos del Norte América é Inglaterra; el abacá, que surte de amarras y cuerdas á medio mundo; el tabaco, que compite con el de la isla de Cuba, como se ha acreditado en diferentes exposiciones universales y ha sido el sosten del Tesoro filipino; el café y el cacao, que á su vez compiten con los más acreditados de Moka y Guayaquil; el algodón, que se produce sin exigir cuidados; la morera, en que se cultiva el gusano

de la seda, de lo que tantos millones de piés poseyera la Real Compañía Filipina; el índigo, el campeche y tantos y tantos otros productos, como el arroz, las gomas, etc., aseguran á la industria agrícola filipina, un puesto preeminente en el mercado universal; pero el carácter distintivo de esa producción es á la vez, por esa ley misteriosa de los contrastes, un motivo de grandísima satisfacción y la causa de su situación casi rudimentaria.

En Filipinas no encontrareis esas haciendas inconmensurables de los lores ingleses, ó esas heredades extensísimas de los propietarios de Andalucía: la propiedad está más dividida que en Francia; cada familia tiene sus tierras, las cultivan el padre, la madre y los pequeñuelos; no hay un señor que los apremie ni que les dé en cambio de su trabajo un jornal tasado y mezquino. Por excepción se encuentra algún gran hacendado, y las órdenes religiosas que poseen predios extensos, los arriendan en condiciones tan liberales que el colono llega á veces á olvidar que no tiene la propiedad del suelo que riega con el sudor de su frente. Esto que es una base de bienestar que honra á España; que desde el primer momento prohibió la esclavitud en Filipinas y aseguró la autonomía del indígena; que se esforzó siempre en hacerlo propietario, tratándose de un pueblo que ignora los adelantos de la agricultura, el fomento de la ganadería y los progresos de las industrias relacionadas con su producción, da por resultado que sus frutos no se presenten en el mercado en las condiciones necesarias para que conquisten el aprecio que por sus cualidades naturales merecen. Sólo los grandes propietarios podrían aplicar á la agricultura y á las industrias anexas los notables adelantos que pueden aprender en los países agrícolas más prósperos; pero ni las órdenes religiosas son afectas á las novedades, ni los europeos encuentran brazos para las plantaciones ante la extraordinaria división de la propiedad y las escasas necesidades de los jornaleros, siempre dispuestos á exigir el pago adelantado para olvidar despues el cumplimiento del compromiso contraído.

Por eso el comercio, á quien convenia la adquisición de los frutos del Archipiélago, ha tomado también su carácter especial. Sucursales de casas extranjeras, portadoras de un capital nunca extraordinario, se han establecido en Manila, han brindado al vecindario con depósitos con interés, todos han corrido á llevar sus economías á aquellas casas comerciales, y dependientes de ellas han recorrido las provincias, han comprado y pagado por anticipado las cosechas, y gracias á esa deuda flotante de los cosecheros, el cultivo ha crecido y se ha arraigado en aquellos pueblos, sucediendo con esas economías algo parecido á lo que ocurre en el mundo físico con las aguas de las fuentes y los arroyos, que elevadas á la atmósfera por la evaporación, viene un descenso en la temperatura y caen convertidas en benéfica lluvia que fecundiza el campo y la llanura.

Otras casas comerciales importan todas las mercancías de consumo en las Islas, las distribuyen al fiado para su reventa entre los traficantes chinos domiciliados en Filipinas, y mediante esta nueva deuda flotante de los revendedores al menudeo se sostiene el comercio de importación.

Por eso el comercio nacional, el comercio español, es raquítico en el Archipiélago, porque para adelantar el valor de las cosechas es preciso capital y dominio en las plazas manufactureras y en los mercados consumidores, recursos ambos de que desgraciadamente no disponemos; y para importar vendiendo al fiado, sin

¹ Véase el núm. 80.